

Una puerta de salida

Aline Pettersson

Julia Tuñón, *Mujeres en México; recordando una historia*, México, Conaculta, 2004.

Hace tiempo, Julia Tuñón, charlando conmigo, se refirió a su libro *Mujeres en México* como una puerta de salida. Y, sí, es una puerta de salida para ingresar en un territorio de reflexión sobre nuestros modos nacionales. Es un libro que ofrece una cierta mirada, un cierto tono para abordar la Historia. *Mujeres en México* lleva al lector a tejer de nuevo las hebras del rebozo que ha cubierto a las mujeres, que ha protegido a sus hijos, y que ha subsistido hasta nuestros días como prenda que se adecúa a las circunstancias más diversas. Tal prenda, alguna vez acaso reglamentado su uso, parece una suerte de testigo secular de los avatares femeninos.

Hay aquí, en este libro, un recorrido inteligente y ameno sobre la situación de las mujeres, que dialoga con la de los hombres dentro del devenir del tiempo histórico, pero también, de la atemporalidad del mítico. Julia Tuñón analiza, expone y propone; parte de estos dos universos diferentes que el imaginario colectivo pretendería que emanan el uno del otro. Y, a lo largo de las páginas, el lector vuelve a encontrar el hilo que ensarta las actitudes en las cuales se ha desenvuelto la vida de las mujeres en las tierras de un extendido —más allá de sus razones étnico-cultu-

rales— Anáhuac: 2 millones de kilómetros cuadrados de espacio y muchos siglos de tiempo.

No es el sitio ni yo tengo las luces para discurrir acerca de las razones que aduce la Historia para ser documentada y conservada con la mira puesta en lejanas generaciones futuras. Aunque el conocimiento de la muerte lleva a la humanidad a buscar resguardo para sus pasos, así como la lleva a buscar consuelo en la promesa de una vida ulterior. La piedra y la voz han acarreado desde hace milenios las noticias humanas dejando constancia de las leyes de dioses y hombres así como del propio discurrir humano. Después, sería asunto del papel y ahora de una pantalla cuya posible muerte virtual deviene amenaza. Mientras la piedra y hasta el papel quedan, la salud de la pantalla puede resultar atterradoramente funesta.

Y en el doble registro de lo real y lo simbólico, Tuñón va a asomarse con cuidado a la posición de las mujeres en la sociedad mexicana. Pienso que el encanto del libro radica en que su amplio apoyo bibliográfico no le merma la fluidez de un relato que se sigue ávidamente. Se trata de la “novela” del tránsito femenino escrita por una pluma inteligente y bien informada, que partiendo de su sólida experiencia de investigadora, aligera la narración de un “aparatoso” equipaje formal. Y si tomo el libro como esa especie de “novela” de los usos y abusos, diría que toca diver-

sos modos narrativos. Por ejemplo, el del suspenso: Lázaro Cárdenas acepta el sufragio femenino que sólo precisa de ser publicado en el *Diario Oficial*. Pero esto no llega a realizarse. Debieron pasar todavía casi veinte años para ello. Y aquí voy a incluirme en una grieta insignificante de la Historia que Tuñón recorre.

Leyendo *Mujeres en México* entendí la furia endemoniada de mi bisabuela. Entendí (el libro no lo aborda) hasta su práctica espiritista tan propia de aquella época. Evoqué la admiración de mi bisabuela por las primeras sufragistas y su rabia en contra mía un domingo de comida familiar campestre. Al pardear la tarde, ella intentaba con mucha vehemencia extraerme la promesa de que a mi mayoría de edad me lanzaría a contender por la presidencia del país. Éramos ya ciudadanas plenas, finalmente. Debo confesar que me dio miedo hacer votos tan graves. Entonces la anciana tratabillante, apoyada en su bastón, se alejó refunfuñando muy airada y se nos perdió en la noche en un campo lleno de hoyancos. Nos tomó un tiempo largo, muy largo, dar con ella mientras yo me veía como una inminente asesina. El caso es que los sueños de mi bisabuela, después de algo más de medio siglo, siguen siendo sólo sueños.

El libro de Julia Tuñón lleva a pensar en otro tipo de relato: el mito: Sísifo. Los avances y retrocesos de las mujeres a lo largo de una historia que abarca las dos

culturas que se encontraron de golpe hace siglos. Y una piensa en la huella borrada de una deidad creadora masculina / femenina en la Biblia, y en que ésta sí se encuentra en el universo religioso prehispánico: Ometéotl, divinidad de doble vertiente sexual. Pero una cosa son los dioses de la cosmogonía, y otra —muy otra— la vida cotidiana.

Tomo algunos fragmentos de Sahagún que Tuñón cita, se trata de los consejos que se le brindan a la doncella mexica y que no difieren mucho de los que predica la Biblia: “Mira hija, que de noche te levantes y veles. No te estés perezosa en la cama, toma presto la escoba para barrer. Hecho esto comienza a hacer lo que es tu oficio, o hacer cacao, o moler maíz, o hilar, o tejer.” Dice el Libro de los Proverbios: “[La mujer] Se levanta cuando aún es de noche / da de comer a sus domésticos. Echa mano a la rueca, sus palmas toman el huso. Está atenta a la marcha de su casa / y no come el pan de la ociosidad.” Sobre la base religiosa en ambos casos (que no incluí para no extender la cita) se ofrecen las instrucciones acerca del desempeño diario de la mujer en que el reposo deberá ser ahuyentado siempre. ¡Qué afán por perturbar las horas sosegadas de la noche!

Y estas dos tradiciones entretejidas marcan el punto de vista que ha normado los actos públicos y privados en nuestro país. Tuñón hace cortes en los varios cambios políticos que marca la Historia para detenerse en lo simbólico / religioso, las leyes civiles y los usos y costumbres que han medido la conducta vía el sexo, pero también vía las diversas combinaciones raciales. Y me sorprendió enterarme de que en algún momento de la Colonia la mujer “tenía derecho a

los bienes gananciales, o sea el 50 por ciento de lo recabado durante el matrimonio, pues se valoraba el trabajo doméstico como necesario”. Necesario ha sido siempre, ser considerado sujeto de retribución, no. Y entre la eterna minoría de edad femenina, entre las vejaciones, injusticias, abusos que se cometían (¿cometen?) con las mujeres, esto parece casi increíble. Aunque supongo increíble que se haya obedecido.

Uno de los muchos méritos de *Mujeres en México* es la vista panorámica que ofrece del desempeño social de sus habitantes, claro que no sólo mujeres. Pero ya que éstas son el objeto focalizado, el lector va armando y desarmando un longevo caleidoscopio en el que las piezas cambian de sitio, pero casi nunca desaparecen del todo. Hasta el día de hoy el recipiente que las contiene es muy sólido y muy renuente a dejarse dismantelar.

Así las cosas, la lectura del libro lleva a hacer paralelismos entre la actualidad y los más de cinco siglos que Tuñón aborda en las huellas femeninas. En efecto, entre los intersticios de la Historia se cuele la lucha, se cuelean los nombres de mujeres cuyos esfuerzos han sido valiosos en un largo intento por modificar leyes y usos públicos y privados. Se asoman, por ejemplo, actividades como la de espía, transportista de armas, contrabandista y no sólo echadora de tortillas en la Revolución. Se aborda el pago desigualmente abusivo para con las obreras y los niños, y la actitud contestataria femenina. Se habla sobre la, asimismo, desigual educación de ambos sexos. Se tocan los intentos para incluirse en la política con su inherente reflexión de mujeres como Dolores Correa Zapata, Laura Méndez de Cuenca, Juana

Belén Gutiérrez de Mendoza o Sara Estela Ramírez a principios del siglo XX. Y a mí, como lectora no académica, me parece que al no ser exhaustivo el listado onomástico, el texto me permite abocarme a entender los perfiles sociales, y después, guiada por *Mujeres en México*, abrir las muchas puertas de salida que el libro despliega.

En el diálogo al que invita Julia Tuñón existen dos asuntos tratados por ella que son hoy (aunque nunca han dejado de serlo) de suma actualidad: el aborto y la homosexualidad y su descalificación entre los aztecas, la sociedad de la Colonia, la del México independiente. El tono de la conducta sexual, así como la negación del dominio sobre el propio cuerpo, es la forma más eficiente de control. Las prohibiciones hablan del ejercicio del poder, civil y religioso, en su aspecto más intrusivo, que por supuesto, no se ha erradicado.

Mujeres en México conduce a sus lectores a meditar acerca de los modos de comportamiento ejercidos a lo largo de la Historia. Y en el caso de las mujeres, tan borradas de lo público, Tuñón propone, también, el examen de personajes femeninos en las novelas de épocas diversas o en los escritos de varia índole hechos por mujeres como una forma de traspasar el umbral de lo no explícito. Bien sabemos que con sobrada frecuencia la letra de la ley no es nunca su ejercicio real. Pero los textos de ficción que reproducen las costumbres de su tiempo, o el dar cuenta de ciertos asuntos de índole personal, en los diarios por ejemplo, permiten advertir con mayor cercanía las coordenadas de los usos sociales.

En este giro del caleidoscopio social, la lectura del texto de Julia vuelve a poner a la vista los

esfuerzos, avances y retrocesos que las mujeres hemos tenido a lo largo de los siglos en nuestro país. “En 1990 hubo un intento de despenalización (del aborto) en el estado de Chiapas que no llegó a formalizarse pero que fue importante porque llevó el debate a un contexto más amplio.” *Mujeres en México* inquieta, e inquieta porque no puede menos que reconocerse que los criterios de hoy provienen de una muy larga tradición que no ha sido favorable para ningún grupo en desventaja, pero que aca-

rrean el peso enorme de los muchos siglos en que se han ejercido.

Y, claro, por otra parte, y a guisa de ejemplo, el marido ya no está avalado por la ley para matar a la adúltera. Vaya, el adulterio ya no es considerado delito, así de frecuente será. Pero de ahí a pensar que todas las cosas van como miel sobre hojuelas es un despropósito, un trecho espinoso y dispar que este libro pone en evidencia.

La escritura tersa y afilada de Julia Tuñón urde un relato por los caminos de la Historia que invita

a asomarse tras los visillos, y a salir luego por sus muchas puertas hacia una luz más franca para el futuro. Y yo mucho deseo que el género tragedia —pienso en Dido, pero también en Clitemnestra— no se le haga jamás presente a la autora en una futura puesta al día de su libro.

Por lo pronto, me alegra la reedición de *Mujeres en México* cuyas páginas se siguen con un entusiasmo lector muy grande.

